

EL VICO DE COLLINGWOOD

Boceto de la *receptio* viquiana en R. G. Collingwood

Pablo Badillo O'Farrell



Este estudio aborda y esboza, en un tratamiento inédito en español, la recepción de Vico en el filósofo e historiador inglés R.G. Collingwood.

PALABRAS CLAVE: Vico, Collingwood, historia, filosofía política, autobiografía, Croce.

This study deals for the first time in Spanish with Vico's reception by the English philosopher and historian R.G. Collingwood.

KEYWORDS: Vico, Collingwood, history, political philosophy, autobiography, Croce.

Las siguientes páginas constituyen un intento por analizar hasta qué punto se puede hablar de un “nuevo” Vico, en el sentido en que suele suceder a determinados autores, escasos, eso sí, por su riqueza y condición poliédrica en que se manifiestan en una clara multiplicidad, o diversidad, si se prefiere. Cuando hemos utilizado la palabra “nuevo”, nos referimos al hecho constatable de que se han producido a lo largo del tiempo tal cantidad de lecturas e interpretaciones sobre su obra que, en muchas ocasiones, se puede incluso decir que resulta difícilmente reconocible o incluso contradictorio entre algunas de aquellas que se le han concedido. Por ello, aun con muchas limitaciones, estas líneas buscan, con las enormes deudas que posteriormente se referirán, poner en castellano la influencia y recepción de la obra viquiana en el pensamiento de Robin G. Collingwood.

1. Antecedentes

Es cierto que en la historia de las ideas hay autores “condenados” a encontrarse. El caso de Vico y Collingwood, aunque por diversos caminos, es a nuestro entender uno de los más paradigmáticos. Asimismo, se ha hablado acerca de los dos como hombres del Renacimiento, y es bien cierto que ambos sustentan buena parte de sus planteamientos en teorías del *re-nacer*, como se irá analizando en las siguientes páginas.

Como es bien sabido, resulta asunto muy reiterado la multiplicidad de posibles lecturas de la obra de Giambattista Vico. Si, en tiempos recientes, ha existido un momento en el que esta diversidad ha tenido especial incidencia, éste fue en las primeras décadas del pasado siglo. Figuras emblemáticas de la filosofía italiana, cuales son los casos de Croce y Gentile, se ocuparon de enfatizar un aspecto u otro, una perspectiva o la diversa en relación con el pensamiento del napolitano. Y es precisamente en esas fechas cuando, a través de la relación existente entre Croce y Collingwood, el filósofo inglés llega a conocer la obra de Vico.

Esta influencia, aparte de traducciones de algunos trabajos de autores italianos, se puede apreciar en buena medida por medio de los aspectos e intereses que se manifiestan en sus primeras obras publicadas. En estos primeros momentos de bio-bibliografía, en concreto en *Speculum Mentis*, Collingwood mantiene una perspectiva en la que la consideración de las diferentes ramas del saber filosófico aparecen unidas en una especie de todo, de tal forma que resulta inconcebible comprender de manera separada metafísica e historia, o estética y lógica. Louis Mink vio una unidad de principio en esas obras iniciales de Collingwood, especialmente en el referido *Speculum Mentis* y en *An Essay on Philosophical Method*, entendiéndolas como las claves posibles con las que ver y entender cómo la mente es una escala ascendente de niveles de conciencia. La mente se desarrolla desde el puro sentimiento, a través del apetito y la imaginación al deseo y la percepción, y finalmente a la voluntad y al intelecto. En dicho desarrollo, nos movemos desde el pensamiento conceptual, a través del pensar proposicional, hasta el pensamiento racional. Correspondiéndose con estos cambios, la experiencia se mueve desde el Arte, a través de la Religión, a la Ciencia, la Filosofía y la Historia, como tres formas de cuarto nivel: el pensar racional (Mink 1969, pp. 3 y 17).

Lionel Rubinoff tomó una perspectiva similarmente esquemática, encontrando en *Speculum Mentis* un “plan maestro” que constituía la base para un esquematismo altamente complejo en el que cada trabajo siguiente se mostraba como nueva pieza de un rompecabezas. Bajo este esquema, se puede afirmar que Collingwood era un “historicista trascendental”, arguyendo que el proceso a través del que la verdad histórica es revelada es histórico, pero lo que el proceso revela “en un momento dado en la historia es, no obstante, absoluto y transhistórico” (cfr. Rubinoff 1970, pp. 14, 24, 131-132 y 243).

En pocas palabras, se puede afirmar que la pretensión collingwoodeana era elaborar un edificio filosófico en el que los diferentes elementos, como sillares, se encontraran perfectamente unidos y equilibrados los unos con los otros. Pero no vamos a seguir todo el periplo filosófico de Collingwood que, no obstante su temprana muerte, abarcó un amplísimo espectro de intereses, sino que sólo nos vamos a centrar en aquellos ámbitos en los que la incidencia y la recepción del pensamiento viquiano fue más llamativo y destacable.

No obstante, y por seguir un poco el *iter* histórico de esta *receptio*, parece pertinente subrayar que su llegada a la obra viquiana se produce por recomendación e influencia de Croce, lo que nos obliga a destacar el hecho de que la incidencia del pensamiento de este último es asimismo importante en la obra del inglés; por ello se puede afirmar, sin temor a error, que hay un momento en el que la apreciación del pensamiento viquiano se produce a través de la *lente* croceana. A tal punto es así, que, en los últimos trabajos sobre la obra de Collingwood, hay algunos autores que destacan más la posible incidencia del pensamiento de Croce que el de Vico para la conformación de algunas categorías que van a reflejarse en todo el conjunto de su pensamiento. Así, por ejemplo, la obra de Stein Helgeby, *Action as History. The Historical Thought of R.G. Collingwood* (2004), mientras que hace contadas referencias a la obra viquiana, se detiene *in extenso*, en cambio, en la incidencia croceana sobre la fundamentación conceptual de buena parte de la perspectiva histórica de la obra collingwoodeana. Pero este mismo asunto nos provoca una cuestión, cual es la de si cabe ver en su pensamiento una senda de idealismo que enlazara con toda la tradición inglesa de esa orientación, o bien se podría hablar de un croceanismo hegelianizante como trasfondo de su pensamiento, aunque en su *Autobiography* no hiciera mención alguna de sus predecesores italianos, quizás –como ha dicho algún estudioso– para que quedara subrayada su originalidad.

De todas formas, aunque la influencia de Vico en Collingwood puede en determinados aspectos y momentos parecer elusiva por parte del autor inglés, sin embargo resulta innegable en otros ámbitos de primer nivel. Aunque afirmó –cosa muy cierta, por otra parte– que la recepción del napolitano resultó bastante dificultosa, ya que al ser un filósofo que en buena medida se adelantó a su tiempo, éste habría tenido que esperar por tanto a los siglos XIX y XX para tener una aceptable y razonada recepción, hay aspectos, por su parte, en los que la asunción de planteamientos resulta plena, como cuando en la ya citada *Autobiography* hace un manifiesto esfuerzo para que historia y filosofía sean dos conceptos que vayan íntimamente unidos (y por ello, así de acuerdo con el precepto viquiano de la *Scienza nuova* de mantener indeleblemente unidas la *filosofía* –“il vero”– y la *filología* –“il certo”–).

Cuando Collingwood lleva a cabo inicialmente la recepción de Vico, a través de la traducción de la obra de Croce, el inglés está inmerso de lleno en la controversia existente entre los idealistas de la Escuela de T.H. Green y F.H. Bradley y los rea-

listas como G.E. Moore. Y si bien es bien cierto que él se consideró a tales efectos un realista (aunque con determinadas reservas), más tarde, cuando comenzó a enseñar filosofía y a realizar historia por sí mismo –además, y creo que ello es importante, aunque lo omita en su *Autobiography*–, después de haber realizado la traducción del Vico de Croce, privadamente, en cartas a éste y a De Ruggiero, confesaba de buena gana ser hegeliano (cfr. Boucher 2005, p. 16). Creo de razonable importancia subrayar que el Vico de Croce –hegelizado por éste– no es en verdad el ‘auténtico’ Vico, como bien mostrará en su momento Pietro Piovani en su *Vico senza Hegel* (1968). Pero, dejando de lado la recepción y los posibles acuerdos o desacuerdos con sus coetáneos italianos, resulta claro que años después, cuando Collingwood se enfrenta de lleno con la naturaleza y el significado de la historia, es cuando halla más sentido a la obra de Vico de forma directa.

Así, ya en la década de los Veinte, cuando lee y trabaja la obra de Spengler, a la que dedica una larga recensión, se percata de la clara superioridad sobre ésta de los planteamientos viquianos en torno a la interpretación de la historia, de modo que trayendo a colación la teoría de los *corsi* y *ricorsi*, los considera mucho más acertados que las visiones *atomísticas* y *naturalistas* del filósofo alemán. Y para Collingwood, además, la superioridad del napolitano sobre Spengler radica en no aplicar su esquema rígida ni dogmáticamente, al permitir excepciones y, de esta manera, negar predicciones de forma cerrada (cfr. Levine 1981, pp. 80-81).

Mas, como asimismo destaca Levine, hubo un punto común en el interés que ambos tuvieron en acercarse al estudio de los momentos más oscuros de la historia, por la sencilla razón de que lo que más les importaba a ambos era, sobre todo, el *método histórico*. Porque Collingwood, además, se percata de que Vico había descendido a las oquedades del escepticismo, para encontrar algo más profundo que el escepticismo mismo. Y así se da cuenta de algo esencial, cual es que la auténtica importancia de Vico radica en que nos enseñó que la historia no es un asunto consistente en aceptar o no lo que las *autoridades* dicen, sino en interpretar-la. Por ello es por lo que el auténtico centro de gravedad del pensamiento histórico se sitúa realmente en aquellos principios sobre cuya base los historiadores interpretan los documentos.

Se puede afirmar que la tan cacareada ‘rebelión’ de Vico contra el cartesianismo se sustenta no en que el napolitano cuestionara la validez del conocimiento matemático, sino en su crítica a que no fuera posible otro tipo de conocimiento. Siendo así que se dio a la tarea de lo que se conoce como una *crítica del razonamiento histórico*, en la que siempre se ha asociado su influencia a obras como las de Dilthey o la del propio autor que nos ocupa. Pero otro de los grandes aspectos del pensamiento viquiano que hay que destacar radica en su diferente concepción de la naturaleza humana respecto a la dominante en los ilustrados, lo cual va a reflejarse de manera profunda en el método de la reconstrucción histórica.

Es claro que el napolitano llega al conocimiento de la “historia ideal eterna” a través del doble método –inseparable– de la filología y la filosofía, ya que mientras la primera proporciona los hechos que se revelan en el lenguaje, la segunda descifra el pensamiento o idea implícitos en el mismo. La posibilidad de interpretación con respecto al lenguaje, tan distinta a la del historiador, queda establecida de través en la *introspección*. De esta manera, por medio del análisis introspectivo el historiador descubre las categorías o ‘modificaciones de la mente’ a través de las cuales los hombres han creado su mundo (cfr. Rubinoff 1976, pp. 105-106).

La importancia de lo dicho se va a reflejar de manera muy destacada en los planteamientos de Collingwood, ya que sólo a través del acto de reflexionar es como el historiador descubre realmente su capacidad para introducirse en la esencia y el desarrollo de la historia. Cuando el historiador evoca algún hecho pasado, a través de las acciones que lleva a cabo mediante de la introspección, puede decirse que está creando virtualmente una naturaleza para sí mismo. Ya Collingwood afirma en *The Idea of History* que “el proceso histórico es un proceso en que el hombre se crea este o aquel tipo de naturaleza humana al recrear en su propio pensamiento el pasado del cual es heredero” (p. 226), lo que le lleva a sostener en diversos otros lugares de sus obras, desde las primeras hasta las posterras, que, si la mente humana logra conocerse mejor, por eso mismo opera de modos distintos y nuevos.

De esta forma resulta que el hombre, conocedor de la historia, deviene creador de ésta en un doble sentido. En uno primero, en cuanto que las instituciones son todas obras de los hombres, y surgen a través de *modificaciones de la mente humana*; pero, en un segundo momento, en el acto de recuperación, se produce otra modificación de la mente, que es ella misma producto del cambio histórico y por eso diferente de la mente del pasado. Por lo que en dicha recuperación, aun diferente en el tiempo, no puede obviar ponerse –en cierta forma– en su lugar, cosa que hace a través de las categorías que definen su nueva existencia (cfr. Valdecantos 2005, p. 271).

2. Consecuentes

La reflexión de Collingwood sobre Vico y el impacto que el pensamiento de éste produce en aquél se puede apreciar en el hecho de que es por el primero por quien se hace la primera reflexión profunda sobre la incidencia del napolitano en la filosofía de la historia de habla inglesa. Y ello se puede ver de manera muy clara cuando Collingwood se ocupa de hacer una clasificación de las diferentes formas de hacer historia, que van desde la por él denominada *de tijeras y engrudo* hasta la *historia crítica* y la *historia científica*. Es en los diferentes estadios o pasos de una a otra de las distintas variantes de historia donde Collingwood reconoce y aprecia el importante papel del napolitano en relación con la *idea* de la historia.

Para Collingwood, Vico es un claro representante de la *historia crítica* más que de la *científica*. Es cierto que abandonó la forma más primitiva, la *de tijeras y engrudo*, en la que el historiador acepta la autoridad del testimonio de manera acrítica, hasta la segunda variante en la que el historiador asume los testimonios correspondientes como fuente de significado y de hecho, lo que deja a éste la misión de apreciar tanto el significado como la credibilidad del correspondiente testimonio. Por último, según Collingwood la historia científica es aquella que busca explicaciones causales particulares que son facultad u objetividad cierta; y, según él, Vico no está realmente muy interesado en la construcción de explicaciones causales particulares, ni en cuestionar su verdad o falsedad. Para Collingwood, según la interpretación de Rubinoff, estaríamos ante la clásica distinción alemana entre *Verstehen* y *Erklären*. Y ello sería así porque, mientras para el inglés Vico es plenamente capaz de entender el carácter o espíritu de una determinada época (*Verstehen*), sin importar lo lejana que esté en el tiempo, en cambio no resulta de mucha utilidad cuando se trata de determinar si la explicación de una variedad causal es verdadera o falsa como tal explicación (*Erklären*). Por ello, mientras la historia crítica puede dar cuenta de la verificación del entendimiento histórico y resulta útil en lo que respecta al significado de la historia, hasta que se desarrolló la historia científica no fue posible establecer los criterios para verificar las explicaciones causales.

Una vez traspasados estos diversos niveles, nos adentramos en el espacio correspondiente a la historia científica, ya que ella, por encima de los existentes en las dos variantes previas de historia –la *de tijeras y engrudo* y la *historia crítica*–, busca adentrarse en un ámbito inexistente para éstas, cual es el sentido metafísico. Para Collingwood, con este problema –el de la verdad metafísica– la filosofía de la historia afronta su mayor reto. Pero al ser para él verdad y realidad, incluyendo los principios de la historiografía, en la misma medida productos y presuposiciones de la historia, la pregunta que surge es ¿cómo, si el mismo *a priori* de la historia es parte del proceso histórico, es posible realizar las metas de la historia científica?

Éste es precisamente el asunto al que Vico ya se había enfrentado, por lo que, para Rubinoff, Collingwood sencillamente yerra al sugerir que Vico no fue más allá de la historia crítica, ya que puede que no solucionara todos los problemas, pero, ciertamente, eran éstos los que más le preocupaban (Rubinoff 1976, pp. 115-117).

Pero se ha mencionado una cuestión en la que resulta necesario detenerse con algo más de extensión, por tener la misma no sólo incidencia desde el pensamiento de Vico en Collingwood, sino en otros autores ulteriores, que, de una forma u otra, han seguido su estela. Nos referimos al supuesto de las dificultades que un historiador se encuentra cuando desea reconstruir los datos y costumbres de una civilización remota.

El historiador, a través de los fragmentos de los que dispone, debe alcanzar a elaborar una concepción del mundo pasado que resulte coherente. Pero en este ámbito, el de la historia, el historiador se encuentra con la dificultad, de la que

carece el cultivador de las ciencias de la naturaleza, de no tener una simetría lógica, o una predicción, o una utilidad que le puedan servir por analogía para levantar su modelo. Como sostiene Vico (*Scienza Nuova*, § 123), los historiadores recurren a su mundo presente de ideas prácticas para interpretar el pasado.

Vico, no obstante, presupone una continuidad formal que capacita a los hombres para reconstruir costumbres; y sugiere que esta reconstrucción se facilitará si se deja de leer el pasado hacia atrás, y que como condición necesaria para comprender adecuadamente la sociedad civil, sus principios deben “hallarse en las modificaciones de nuestra propia mente humana” (*Scienza Nuova*, § 331). Como subraya Bruce Haddock, autor de referencia inevitable en el estudio de las relaciones entre el pensamiento de Vico y Collingwood (y al que cualquier estudioso de la cuestión no sólo habrá de recurrir siempre, como ha sido mi caso, sino además mantendrá una deuda imposible de saldar con sus estudios), el napolitano adelanta aquí dos argumentos importantes para la filosofía de la historia. En primer lugar, sostiene que el carácter de las acciones humanas distingue a la historia de las ciencias naturales; y, en segundo lugar, sostiene que la tendencia a formular explicaciones históricas desde la perspectiva de los sujetos agentes no implica para nada el anacronismo.

En un conocido ensayo, *Human Nature and Human History*, reimpresso en *The Idea of History*, Collingwood buscó establecer la autonomía de la historia respecto a las ciencias naturales, y lo hizo incluyendo solamente en el ámbito de aquélla lo que se relacionaba con la actividad racional. Una acción, cual él la concebía, era la unidad de pensamiento y su concreción en movimientos físicos. Porque así como los elementos irracionales de la conducta humana pertenecen al ámbito propio de las ciencias naturales, la labor del historiador consiste en una forma de comprensión que no puede adquirirse mediante la simple observación. Y el acceso privilegiado a la conducta del pasado se hace posible justamente gracias a la fórmula viquiana del *verum et factum convertuntur*. Porque los hombres hacían la historia en el sentido de que “llevaban a la realidad” sus intenciones (Haddock 1976, pág. 124).

A raíz de ello nos podemos dar cuenta de que la historia ya no será una sucesión de hechos concatenados de forma continua, sino un conglomerado de intenciones. De esta manera, se podría decir que una investigación histórica estaría incompleta si se resumiera a enumerar las ocasiones en que se repiten determinados hechos. Por tal motivo, por la cuestión de las intenciones, la tarea del historiador tiene forzosamente que ocuparse de *recrear* el pensamiento posible del sujeto agente de la historia de que se trate. Mas, para llevar a cabo esta labor, contará además con el instrumento complementario de poder ir obteniendo inferencias de los documentos que tiene a su disposición, y que le permita ir combinando perfectamente acciones e intenciones.

A partir de la Ilustración, con muchos de cuyos planteamientos se enfrenta Vico, se produce el hecho de que los eruditos juzgaban los orígenes de la humanidad con

base en los principios de su propia e ilustrada época, lo que para Vico resultaba algo irreal, ya que los primeros hombres de la Humanidad no habían funcionado con semejantes planteamientos. En esta línea, se puede afirmar que la metodología de la historia de Collingwood presupone que el pensamiento es un “objeto eterno”, no afectado por “el hecho de acontecer en el tiempo” (R.G. Collingwood, *The Idea of History*, p. 218). Mientras, frente a dicha aseveración, Vico sostuvo que las ideas son contextuales. Y resultaba que, por no atender al carácter histórico de las ideas, las explicaciones de las sociedades primitivas otorgadas “por los tres príncipes de la doctrina del derecho natural de la gente” (*Scienza Nuova*, § 329) resultaban anacrónicas. Esta última referencia pone de nuevo de manifiesto la evidente diferencia entre los grandes teóricos racionalistas iusnaturalistas y la defensa viquiana de un Derecho Natural, con una clara referencia a la circunstancia histórica concreta y particular.

Hemos hecho mención, líneas más arriba, al dato de que para Vico las ideas son contextuales, y tal afirmación va a resultarnos de extremo interés, no sólo por la revolución que pudo suponer dicho planteamiento, llevado a cabo a finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII, sino por las consecuencias que va a traer la recepción de dicho punto de vista habido en pleno siglo XX.

3. Excedentes

En la filosofía collingwoodeana nos encontramos con una severa crítica –concretamente en la tan citada *Autobiography*– a la afirmación, llevada a cabo por los realistas de Oxford, de que existe un cuerpo de cuestiones perennes en filosofía, y que los grandes textos histórico-filosóficos que se han ido produciendo a lo largo de los siglos no son otra cosa que respuestas diversas a esas reiteradas cuestiones. La conclusión que Collingwood añade a dicha afirmación es que estas respuestas a cuestiones comunes pueden entenderse como proposiciones y compararse entre sí. Para los realistas, un mismo asunto, del campo filosófico de que tratara, podía ser analizado perfectamente de manera comparativa entre dos autores, al margen de la diferencia temporal en la que se produjera la obra, ya que la cuestión era perfectamente análoga. En ese momento, estamos, pues, ante una perspectiva que ha sido denominada por muchos, y que hemos analizado en otro lugar, como claramente textualista.

Estas afirmaciones fueron negadas por Collingwood de raíz, ya que para él una proposición carecería de sentido a menos que se entendiera como una respuesta específica, de tal forma que, hasta que no hubiera sido identificada la pregunta, difícilmente podría llevarse a cabo la respuesta. Por ello, cualquier texto filosófico no debe leerse como un cuerpo de proposiciones independientemente válidas, sino como un grupo de respuestas referidas a una serie de preguntas que el historiador ha de identificar.

Collingwood, en un ejemplo más de anticipación y clarividencia historiográfica y metodológica, sostiene que la historia del pensamiento “no es la historia de las diferentes respuestas dadas a una misma y única pregunta, sino la historia de un problema en un proceso de cambio más o menos constante, y cuya solución estaba cambiando al mismo tiempo” (*Autobiography*, p. 62). Asimismo, el enfoque que él inicialmente aplicó a la teoría política, lo consideró plenamente extrapolable al campo de las ideas en general. De esta forma, si queremos saber lo que un pensador desea expresar con un discurso determinado, es necesario saber primero a qué cuestiones responde dicha respuesta.

Es cierto que esta intuición de Collingwood permaneció postergada durante años, pero se puede afirmar con absoluta certeza que la misma es, en buena parte, anticipo de todo lo que posteriormente ha ido produciéndose y constituyéndose como interpretación o corriente contextualista, nucleada en torno a la Escuela de Cambridge.

Quizás uno de los elementos más dignos de subrayar sea el de considerar las intenciones que subyacen a la realidad de un texto, en cuanto el autor del mismo busca comunicar algo a alguien. Siguiendo en esta línea Quentin Skinner afirma que la única manera de reconstruir las intenciones de un autor es introducirse uno mismo de lleno en la investigación histórica, para intentar aclarar las posibles intenciones de aquél.

Tal vez, al margen de esta última idea reseñada, otra de sus aportaciones asumida por estas corrientes actuales haya sido la de la imprescindibilidad de aunar historia y filosofía. Esta unión de filosofía e historia es una de las cuestiones a las que Collingwood atribuye mayor importancia del pensamiento viquiano respecto a él. En su obra más madura contempló la elaboración de una teoría autónoma del conocimiento histórico cual labor explosiva que debía afrontar la filosofía moderna. Y además tenía bastante claro que establecer una fundamentación epistemológica propia para la historia supondría implicaciones radicales para la filosofía entendida como un todo. Por ello, cuando en la *Autobiography* describió el trabajo de su vida como el haber “sido en lo fundamental un intento de aproximación entre filosofía e historia”, estaba erigiendo conscientemente sus propios logros en el contexto de un grupo de asuntos que siempre le habían llevado hasta Vico (Haddock 1995, p. 131).

Se ha referido con anterioridad la inicial influencia de la obra de Croce sobre las primeras obras de Collingwood, pero asimismo es cierto que, si resulta defendible –o no– la interpretación en relación con la incidencia del pensamiento de aquél sobre el desarrollo del pensamiento del inglés, ello ciertamente puede confundir la tarea de establecer una línea acerca de la influencia de Vico sobre Collingwood. Innegablemente, Collingwood en su juventud reconoce de manera privada su gran deuda con Croce, pero en su obra madura asume que esto no fue

más, según sus propias palabras, que un esfuerzo para especificar y aclarar la dimensión histórica en la experiencia.

Como refiere el citado Haddock, si se compara la evolución de su pensamiento podemos percatarnos de que, en un momento coincidente con una carta particular a Croce fechada en 1928, en la que afirma que “he aprendido de Vd. a considerar la filosofía como básicamente la metodología de la historia”, escribe el *Essay on Philosophical Method*, que va a convertirse en una pieza angular en la historia del desarrollo de su pensamiento, y en él su preocupación no va a cifrarse en relación con el modo en que los historiadores, y aun los historiadores de la filosofía, desarrollan su trabajo, sino de la relación de la filosofía, entendida como un todo, con su pasado. E incluso en *The Idea of History*, en la que su aproximación a la cuestión resulta de tono más metodológico, específicamente identifica como una futura función de la filosofía la de llevar a cabo un “reacondicionamiento general de todas las cuestiones filosóficas a la luz de los resultados alcanzados por la filosofía de la historia, entendida en el sentido más estrecho (metodológico)”, llegándose así a “una filosofía completa concebida desde un punto de vista histórico” (*The Idea of History*, pp. 6-7).

Al margen de la evolución intelectual de Croce en las primeras décadas del siglo pasado, la cual se reflejó de manera ostensible en su relación con el pensamiento de Vico, es claro que Collingwood sigue en buena manera de la mano del italiano el itinerario viquiano para proyectarlo en su *The Idea of History*, lo que se pone de manifiesto al retomar esencialmente los aspectos epistemológico y metodológico de la *Scienza Nuova*, con vistas a que ellos le sirvan como soporte de la fundamentación de una teoría autónoma de la historia.

De todas formas, se puede apreciar que la posible identificación de Collingwood con la perspectiva viquiana va a estar cargada de dificultades, lo que se hace patente, por ejemplo, en el dato de que él pretende más para el principio *verum/factum* en el campo de las instituciones de lo que podía aparecer garantizado. Collingwood arguye que, para Vico, “la fábrica de la sociedad humana es creada por el hombre de la nada, y todo detalle de esta fábrica es por lo mismo un hecho (*factum*) humano, eminentemente cognoscible a la mente humana como tal” (*The Idea of History*, p. 65). Pero el hacer algo de la nada era lo que Vico siempre reservó a Dios en la creación del mundo o a los hombres en contextos puramente convencionales. Porque, como añade Haddock, al extender el principio del *verum/factum* al mundo humano, Vico no estaba comprometido a argumentar que los hombres hacen historia precisamente en la forma en que los geómetras investigan superficies, líneas y figuras con determinadas propiedades. Y ello es así porque, en un importante aspecto, los hombres no conocen lo que ellos hacen cuando luchan por hacer lo mejor que pueden por sí mismos en las difíciles circunstancias de la vida práctica.

Es plenamente cierto que cuando los hombres actúan en el mundo están contribuyendo a la creación de lenguajes, prácticas, costumbres, instituciones, etc. Ellos hacen, es verdad, su propia historia, pero no como ellos la eligieron. Porque Vico está convencido, a la vista de lo que los hombres han hecho –un mundo de instituciones civiles–, que ese mundo sólo será inteligible para ellos retrospectivamente, a través de las variantes de principios metodológicos defendidos en la *Scienza Nuova*.

Lo que no puede aceptarse es que un historiador que se ha encaminado a reconstruir un episodio de historia civil debiera restringirse a comprender el pensamiento de la mente del agente. El interés de Vico es bastante más amplio, porque busca entender la perspectiva del mundo por parte del agente y el más amplio contexto en el que éste se desarrolla y que proporciona significado a lo que fue dicho o hecho por aquél en dicho momento.

Pero, cuando se plantea este asunto, entonces hay que detenerse en lo que Collingwood sostuvo en relación con su perspectiva metodológica sobre la filosofía de la historia, desarrollada en la Introducción a *The Idea of History*, que quiso diferenciar de manera clara de los sistemas especulativos de Voltaire o de Hegel, quienes buscaron establecer un patrón sustantivo en la historia. A diferencia de ellos, concibió la filosofía de la historia como un “pensamiento de segundo grado”, que explora “los problemas filosóficos creados por la existencia de una investigación histórica organizada y sistematizada” (*The Idea of History*, pp. 3 y 6). Para Vico, en cambio, –y como subraya el intérprete galés–, la distinción entre (la que puede ser llamada) filosofía de la historia especulativa y la crítica no puede sostenerse. Porque la reflexión sobre los problemas metodológicos afrontados para reconstruir la conducta humana del pasado comprende no sólo cuestiones simplemente formales sobre la práctica del historiador (naturaleza de la evidencia, juicio, etc), sino también cuestiones sustantivas sobre los diversos tipos de agentes cuya conducta estaba siendo escrutada (Haddock, 1995, pp. 134-135).

Para Vico había un problema claro, que siempre subrayó y que consistió esencialmente en que cuando se pretendía *reconstruir* una civilización pasada, en la mayoría de los casos surgía el problema de que se buscaba aplicar el patrón *ilustrado* del historiador que echaba la mirada atrás, por lo que él se esforzó en intentar cambiar dicha deformación considerando que, en lugar de una perspectiva puramente racionalista, se buscara alguna de carácter más imaginativo.

En este punto la distancia con Collingwood se muestra evidente, cuando éste se volvió a los términos sobre los que buscó establecer la autonomía de la historia respecto de la ciencia natural. Y ello es así porque las acciones humanas de los seres que han actuado en el pasado se encuentran sometidas a métodos y procedimientos que nada tienen que ver con los propios de la ciencias naturales. Después de los cambios habidos en el ámbito metodológico en el siglo XVII, y especialmente gra-

cias a Hume, dichos métodos no cabían aplicarse a las acciones humanas, al mundo social en fin, porque aquellas comprendían una dimensión que no estaba abierta a la observación empírica de uso habitual.

Para Collingwood una acción, en una celeberrima distinción, comprende no sólo una dimensión de comportamiento, sino un interior que “sólo puede ser descrito en términos de pensamiento” (*The Idea of History*, p. 213). Se puede afirmar, sin miedo al error, que los hombres hacen historia en el sentido de que representan intenciones, de tal forma que éstos actuaban en el modo en que lo hacían porque tenían las ideas que tenían. Y un historiador podía entender, en principio, una acción del pasado porque una vez representada (*enact*) una idea, podía siempre ser vuelta a representar (*re-enact*) en la propia mente del historiador. En cierta manera, esta visión supone para algunos buena parte de la esencia de *la idea* de la historia de Collingwood, como ha destacado en su libro clásico William H. Dray, aunque éste no se detiene en analizar *in extenso* la proyección viquiana sobre tal aspecto de la obra collingwoodeana (Dray 1995, *passim*)

Así, como destaca Haddock, pudiera parecer a primera vista que Collingwood estaba siguiendo la estela de un tema viquiano, en el sentido de que podía insistir con el napolitano en que los historiadores tienen acceso al entendimiento del mundo civil de un privilegiado, diferente en esencia de las hipótesis y leyes de las ciencias naturales; pero una mirada más atenta a sus comentarios metodológicos sobre cómo ese conocimiento del privilegiado podía ser descubierto revela una cesura fundamental en sus respectivas posiciones. La estrategia de Collingwood se centra en enfocar al agente individual, y su argumento principal es que la historia debe ser vista no como una sucesión de “meros acontecimientos”, conexos entre sí sólo por una conjunción constante, sino como un conjunto de intenciones. Por ello, una investigación histórica no estaría completa con la enumeración de las distintas ocasiones en las que acontecimientos de un tipo específico pueden ser esperados.

La pretensión crucial de Collingwood es que una aceptable narración de una acción del pasado debía producirse en términos tales que el agente en cuestión pudiera, en principio, haber reconocido; mientras que el específico criticismo de Vico respecto de la práctica histórica de sus contemporáneos se había enfocado sobre la creencia elemental de que los criterios críticos prevalentes en sociedades avanzadas podían presumirse que habían sido corrientes en estadios más primitivos de desarrollo. Pero el pensamiento de las primitivas culturas había sido bastante distinto por otra parte, y las reglas y convenciones que gobernaron su conducta fueron fantásticas más que racionales (Haddock 1995, p. 137).

Aparte de las diferencias existentes en las perspectivas viquiana y collingwoodeana, hay que reiterar asimismo que sobre el pensamiento del inglés incidió de forma notable la interpretación hecha por Croce de la obra de Vico, por lo que no podía esperarse un retrato muy equilibrado de éste por parte de Collingwood en *The*

Idea of History. En gran medida, su interés por Vico radicaba esencialmente en que los argumentos de éste proporcionaran una fundamentación para posteriores narraciones sobre el carácter del conocimiento histórico. Y, como Haddock ha señalado, eligió centrarse más en la contribución de Vico a la epistemología que a su más amplia concepción del patrón del pasado.

Porque Vico, por su parte, nunca había pensado que pudiéramos entender el mundo histórico desde el interior, simplemente porque nosotros compartiéramos con los hombres del pasado una capacidad para producir ideas, instituciones, artefactos, etc. Él, en cambio, pensaba que la separación entre los mundos primitivo y civilizado era tan profunda que nosotros, modernos, carecíamos del “poder de entrar en la vasta imaginación” de los primeros hombres. Pero mientras que nosotros no podemos en conjunto imaginar cómo pensaban los fundadores de la humanidad, en cambio podemos hacer esfuerzos para comprenderlos (cfr. *Scienza Nuova*, § 378).

Así, lo que parecía unir a Vico y a Collingwood, una insistencia en que los problemas del entendimiento histórico no podían ser resueltos adoptando los métodos y procedimientos de las ciencias naturales, produce más bien una división metodológica fundamental. Pero, a su vez, quizás resulte temerario asumir que la influencia de Vico sobre Collingwood no se extendía más allá de la sugestiva interpretación *deformante* de Croce. Y ello es así porque Collingwood siempre había considerado su tratamiento de los problemas conceptuales, que surgen en la conducta de la investigación histórica, como un estadio preliminar respecto de una empresa mayor, cual era la de la exploración de la dimensión histórica en la experiencia considerada como un todo. Este proyecto de tan amplio aliento, que implicaba, como lo hacía, una revalorización de la naturaleza de la mente y del lenguaje, era algo que inundó *The Idea of History*. Aún así, todavía se puede argumentar que las perspectivas de Collingwood sobre el carácter de la historia habían sido mal interpretadas a través del descuido u olvido de su más amplio interés filosófico. Ciertamente, él está más próximo a Vico en su concepción del papel de la filosofía que en su detallado tratamiento de cuestiones específicamente metodológicas. En pocas palabras: hay más proximidad entre ambos autores en los ámbitos esenciales que en los accidentales, por expresarlo de alguna forma breve (Haddock 1995, cita a la p. 139).

Si nos detenemos en la *Autobiography* collingwoodeana, nos percatamos de cómo centra ahí buena parte de sus críticas en el hecho de la existencia de una serie de presuposiciones universales propias de la filosofía tradicional. La suposición, común a muchos de sus contemporáneos, de que la filosofía se refería a un conjunto central de problemas eternos, que habían sido manejados habitualmente por los filósofos del pasado y que podía suponer un criterio abstracto de verdad, era para Collingwood difícilmente sostenible sobre bases lógicas y metodológicas, ya que un criterio abstracto no es solamente insostenible en la práctica, sino inconcebible en principio.

Pero hay en todo ello un punto que en realidad es el que acerca a Vico y a Collingwood, porque al igual que el napolitano criticó a los grandes teóricos racionalistas del Derecho Natural por elaborar sus teorías sobre la base de un racionalismo abstracto –que careció de la toma en consideración de los aspectos históricos concretos, porque la filosofía como dedicación era para él el producto de un determinado desarrollo histórico–, para Collingwood el filósofo que descuida la dimensión histórica de su trabajo está intentando argumentar que Platón estaba en lo cierto, o equivocado, sin haber averiguado lo que estaba intentando decir (*Autobiography*, pp. 29-43, 53-76).

La perspectiva viquiana no resulta comprensible sin la asunción del dato de que la filosofía debe estar unida a otros modos de experiencia, históricamente dados, lo que significa que ésta, más que requerir una descripción del significado de su propio pasado, de lo que precisa es de ser ella misma plenamente autocrítica. Lo cual resulta apreciable en la diferenciación que el napolitano lleva a cabo entre la *sabiduría poética* y la *sabiduría reflexiva*, debiendo tenerse en consideración la necesidad de la existencia de unos conceptos expresivos, que son considerados como una presuposición necesaria de un mundo inteligible; ellos son los *universales fantásticos*. Y es en relación con este asunto con el que Collingwood, siguiendo la estela italiana tanto de Vico como de Croce, atribuye un papel sumamente destacado a la imaginación desde el punto de vista epistemológico. Ello se pone de manifiesto tanto en la posibilidad de realizar juicios de relación –lo que presupone un mundo de conceptos y de objetos–, así como en el dato de que sigue a sus dos autores de referencia al contraponer los juicios universales propios de la filosofía y la ciencia con las aserciones singulares de la imaginación.

Por ello, cuando los filósofos se reflejan en la naturaleza de los juicios hipotéticos o categóricos deben dar cuenta de las condiciones previas que hacen posible tales juicios, y ello se refiere al dato de que una acertada comprensión de las raíces del entendimiento filosófico sólo se hará posible por medio de una forma de investigación en la que se asuman las dimensiones filosóficas e históricas.

Por tanto, defender que la función de la filosofía presupone una herencia cultural elaborada y que la descripción del significado de la misma es una cuestión filosófica central, no le lleva a uno a la forma particular en la que una filosofía históricamente orientada se debe llevar a cabo. Por ello, y siguiendo a Haddock, no se trata de que estemos ante una simple visión constructivista de la cultura, sino ante una perspectiva constructivista de la naturaleza humana misma. Es sabido cómo Collingwood llega a sostener que “todas las cuestiones metafísicas son cuestiones históricas, y todas las proposiciones metafísicas son proposiciones históricas” (*Essay on Metaphysics*, p. 49), lo que conduce hacia la idea de que, entendida como una ciencia histórica, la metafísica es concebida como una exploración de las presuposiciones de modos particulares de pensamiento.

El paralelismo con la *Scienza Nuova* viquiana, entendida sin intermediarios, es muy clara, ya que la *historia ideal eterna* del napolitano nos proporcionó un conjunto de criterios que hicieron posibles los artefactos de una sociedad particular –ideas, instituciones, símbolos– para ser interpretados sin el recurso a asunciones anacrónicas. Sólo una filosofía concebida históricamente, en la óptica viquiana, podía revelar el significado original de un argumento dado, así como su más amplio significado en una historia de las ideas que evoluciona realmente.

Ambos estuvieron unidos por el afán de explorar la dimensión real histórica de la filosofía, en cuanto ambos rechazaron la perspectiva de la naturaleza humana entendida como un fenómeno establecido, que esperara la adaptación como respuesta a circunstancias externas. Ambos miraron, más bien, la revelación gradual de la identidad humana a lo largo del curso histórico como hombres que buscaran hacerse un hogar en un mundo inhóspito.

Es obvio, como bien puso de manifiesto Collingwood en su *Autobiography*, magnífico balance de sus anhelos y logros intelectuales, que la pretensión básica de su obra fue poner en estrecho contacto, no sólo de relación sino también de dependencia, la filosofía y la historia, lo que obviamente suponía un claro trasvase del pensamiento viquiano al suyo.

En tal tema, aquí planteado como un boceto de ideas, resultan estas páginas previas y no plenas, en cuanto queda un conjunto de puntos por analizar, pues resulta evidente que la influencia de Vico en Collingwood es cuestión no tratada abundantemente –excepción hecha de los referidos importantes trabajos de Haddock– sino sólo de forma incidental o tangencial, ya que resulta imposible obviarla. Pero tal asunto necesita de mayores y continuados empeños, a los que volveremos en fecha que esperamos no lejana. No obstante, había que hacer en nuestro contexto hispano estas pequeñas reflexiones y análisis –amén de traer a colación también las referencias básicas de los autores que previamente lo habían tratado en otras lenguas– sobre la relación entre el pensamiento de ambos autores. Queden ellas como un momento más de una larga cadena, a la que en parte he querido contribuir, de estudios sobre lo que podemos denominar, en expresión tomada en préstamo analógico de Felix Raab, *el rostro inglés de Vico*, o en expresión más extensa *el rostro anglosajón de Vico*.

Bibliografía citada

BADILLO O'FARRELL, P. y BOCARDO CRESPO, E. (editores), (2005), *R.G. Collingwood: Historia, Metafísica y Política. Ensayos e Interpretaciones*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla.

BOUCHER, D., CONNELLY, J. and MODOOD, T., (1995), *Philosophy, History and Civilization. Interdisciplinary Perspectives on R. G. Collingwood*, University of Wales Press, Cardiff.

BOUCHER, D., (2005), "Collingwood, un hombre del Renacimiento", en P. BADILLO

O'FARRELL y E. BOCARDO CRESPO, R.G. *Collingwood: Historia, Metafísica y Política. Ensayos e Interpretaciones*, cit., pp. 15-22.

COLLINGWOOD, R.G., (1924), *Speculum Mentis*, Clarendon Press, Oxford.

–, (1933), *An Essay on Philosophical Method*, Clarendon Press, Oxford.

–, (1939), *An Autobiography*, Clarendon Press, Oxford.

–, (1993), *The Idea of History*, Edición revisada de J. van der Dussen, Clarendon Press, Oxford.

–, (1999), *The Principles of History*, Edición de William H. Dray y J. van der Dussen, Clarendon Press, Oxford.

DRAY, W. H., (1995), *History as Re-enactment. R. G. Collingwood's Idea of History*, Clarendon Press, Oxford.

HADDOCK, B. A., (1976), “Vico and the Problem of Historical Reconstruction”, en *Vico and contemporary thought*, pp. 122-129.

–, (1995), “Vico, Collingwood and the Character of a Historical Philosophy”, en D. Boucher, J. Connelly and T. Modood, *Philosophy, History and Civilization. Interdisciplinary Perspectives on R. G. Collingwood*, pp. 130-151.

HELGEY, S. (2004) *Action as History. The Historical Thought of R.G. Collingwood*, Imprint Academic, Exeter.

LEVINE, J. M., (1981), “Collingwood and Vico”, en *Vico. Past and Present*, pp. 72-84.

MINK, L. (1969), *Mind, History and Dialectic: The Philosophy of R.G. Collingwood*, Indiana University Press, Bloomington Ind.

PIOVANI, P. (1986), “Vico sin Hegel”, en *Introducción al pensamiento de Vico*, trad. esp., Instituto de Filosofía, Universidad Central de Caracas, 1986, (con Pres. de F. Tessitore), pp. 85-114.

RUBINOFF, L. (1970), *Collingwood and the Reform of Metaphysics: A Study in the Philosophy of Mind*, Toronto University Press, Toronto.

RUBINOFF, L., (1976), “Vico and the Verification of Historical Interpretation”, en *Vico and Contemporary Thought*, pp. 94-121.

TAGLIACOZZO, G., MOONEY, M. and VERENE, D.P. (editores), (1976), *Vico and Contemporary Thought*, Humanities Press, Atlantic Highlands N.J.

TAGLIACOZZO, G. (editor) (1981), *Vico: Past and Present*, Humanities Press, Atlantic Highlands N.J.

VALDECANTOS, A., (2005), “El alma encapsulada (Variaciones sobre un tema de R.G. Collingwood)”, en P. BADILLO O'FARRELL y E. BOCARDO CRESPO, R.G. *Collingwood: Historia, Metafísica y Política. Ensayos e Interpretaciones*, cit., pp. 243-275.

* * *